



Una mirada que no captura: W. H. Hudson a través de Ricardo Piglia

Lucía Maudó García
(Universidad de Oviedo)

l.maudó@outlook.es

Resumen: Tras la publicación de *El camino de Ida* en 2013 y la reciente aparición de *Los diarios de Emilio Renzi. Años de formación* en 2015, cabe preguntarse sobre el porqué de la revisión que Piglia realiza de la figura del escritor angloargentino William Henry Hudson, y sobre la naturaleza de la relación que autor y personaje (Emilio Renzi, el constante álgter ego pigliano) mantienen con ese escritor del XIX: ¿es la misma para ambos?; ¿qué le interesa a Piglia, como crítico, de Hudson?; ¿qué concomitancias pueden encontrarse entre los dos autores?; ¿por qué es relevante para Emilio Renzi “la mirada” de Hudson?

Palabras clave: Hudson, Piglia, Renzi, autor, personaje

Resumo: Despois da publicación de *El camino de Ida* en 2013 e a recente publicación de *Los diarios de Emilio Renzi. Años de formación* en 2015, podémonos preguntar sobre o porqué da revisión que Piglia realiza da figura do escritor angloarxentino William Henry Hudson, e sobre a natureza da relación que autor e personaxe (Emilio Renzi, o constante álgter ego pigliano) manteñen con ese escritor do século XIX: é a mesma para ambos?; que lle interesa a Piglia, como crítico, de Hudson?; que concomitancias poden atoparse entre os dous autores?; por que é relevante para Emilio Renzi “a mirada” de Hudson?

Palabras chave: Hudson, Piglia, Renzi, autor, personaxe

Abstract: After the publication of *El camino de Ida* (2013) and the recent publication of *Los diarios de Emilio Renzi. Años de formación* (2015), we can ask why Piglia reexamines William Henry Hudson, an Anglo-American writer, and what kind of relationship the author and the character (Emilio Renzi, Piglia’s recurrent alter ego) have with this Nineteenth-century writer: Is it the same for both? What does Piglia, as a critic, find interesting in Hudson? Which are the concomitances between them? Why is Hudson’s perspective relevant for Emilio Renzi?

Keywords: Hudson, Piglia, Renzi, author, character

En un libro recientemente publicado, *Los diarios de Emilio Renzi. Años de formación* (2015), Ricardo Piglia acerca a los lectores a varios recuerdos de su infancia, entre los que examina muy brevemente la figura de William Henry Hudson, ese escritor inglés nacido en Argentina en 1841. Mientras el vínculo de su alter ego Emilio Renzi con Hudson había sido, en *El camino de Ida* (2013), fuerte y profundo –incluso metafórico–, en esta ocasión la unión es más bien sentimental y tiene las características de lo anecdótico.

Aunque es Emilio Renzi el que escribe *Los diarios* en primera persona, sabemos que lo que se cuenta forma parte de las primeras vivencias de Piglia, que se esconde, como de costumbre, tras su personaje¹:

Estudio inglés con Miss Jackson, viuda de un alto empleado de los ferrocarriles del sur, que habita sola una casa de dos pisos y ha publicado en La Prensa dos o tres traducciones de Hudson. Nos daba clases particulares (se ganaba de ese modo la vida, porque la pensión, se quejaba, le llegaba a desgano). Lo primero que leemos –con ella– es el libro de Hudson sobre los pájaros del Plata. Una tarde nos llevó a visitar Los Veinticinco Ombúes, la casa natal del escritor, que estaba a pocos kilómetros de Adrogué. Fuimos en bicicleta, ella con sus bellas faldas parecía ir de perfil, como si montara de costado a caballo, la pollera de medio luto, al viento. Oh la imaginación, oh los recuerdos, recitó Renzi, a esa altura ya un poco borracho.

Piglia, 2015, p. 21

Hudson se liga, entonces, a la primera memoria de Piglia, al origen de una forma inmediata –Los Veinticinco Ombúes se encuentra cerca de su casa natal de Adrogué– y a los incipientes pasos del aprendizaje –*Birds of La Plata* se convierte en un libro de texto para el estudio del inglés–. Hudson no es por aquel entonces, quizá, más que un escalafón en el proceso de aprendizaje. Y es posible que fuese precisamente la proximidad geográfica lo que propició que este escritor del XIX no cayera en el olvido, desterrado por nuevos avances y nuevas lecturas.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que Piglia ya se había referido a Hudson con anterioridad a la publicación de sus diarios. Así lo hizo en 1978 en una de sus primeras –si no la primera (al menos

o Este trabajo ha sido realizado gracias a la financiación del Programa “Severo Ochoa” de Ayudas Predoctorales para la formación en investigación y docencia del Principado de Asturias (BP14-107), subvencionado por el Gobierno del Principado de Asturias con cargo a fondos provenientes del Plan de Ciencia, Tecnología e Innovación (PCTI) de Asturias.

1 En esta ocasión, no es fácil distinguir las categorías “autor” y “personaje”, ya que Emilio Renzi está funcionando no tanto como alter ego sino como seudónimo. Estamos ante un diario firmado por Emilio Renzi y publicado por Ricardo Piglia. Queda claro que las vivencias son las de Piglia, ¿o no? El juego pigliano mantiene la ambigüedad, y ayuda al escritor a esconderse tras su personaje, poniendo en cuestión los conceptos de “realidad” y “veracidad”: ¿son todas las experiencias narradas en el diario reales?, ¿o han sido manipuladas, y de ahí la aparición de Renzi?, ¿pretende el autor distanciarse de los acontecimientos? Hay que considerar también el gran interés que tiene Piglia en incluir la propia experiencia dentro de la literatura y del mundo ficcional, en “escribir sobre un lugar que conoce”.

conocida)– publicaciones sobre el tema. En su artículo “Hudson: ¿Un Güiraldes inglés?”², publicado en el primer número de la revista argentina *Punto de Vista. Revista de cultura*, lo define como un “Escritor de lengua inglesa, Hudson es un europeo que escribe para europeos [...] utiliza siempre como término de comparación un elemento familiar al lector europeo. Pero no sólo escribe en inglés para lectores ingleses: de hecho Hudson se define como escritor inglés” (Renzi, 1978, p. 23). En poquísimas palabras –el artículo abarca apenas dos páginas– hace referencia a esa dicotomía que la crítica constantemente ha adoptado a la hora de abordar a Hudson: “escritor argentino” o “clásico inglés”; defendiendo la segunda opción.

Esta postura la sigue manteniendo años más tarde, y, en una de las numerosas entrevistas que ha concedido, al ser preguntado sobre las opiniones que Renzi exprime sobre Hudson en *El camino de Ida*, responde:

Totalmente. Basta leerlo, es un escritor extraordinario. Borges dijo al pasar, allá por los años ‘30, que el sentimiento de la llanura argentina estaba mejor en Hudson que en José Hernández. Uno tenía la sensación mucho más vivida de lo que era la vida de la llanura leyendo a Hudson que leyendo a Hernández. Es un escritor del nivel de Joseph Conrad. Y tenemos la suerte de que todos sus temas y todos sus libros suceden en la Argentina. Martínez Estrada también lo considera un escritor argentino. Ahora se lo lee menos porque a todo el mundo se lo lee menos. Pero es un clásico en Inglaterra. Virginia Woolf lo consideraba el mejor prosista de la lengua inglesa.

Almeida, 2013

Anteriormente, en una conversación vía correo electrónico mantenida con Roberto Bolaño, afirma estar leyendo a “un falso argentino”, y vuelve a incidir en la calidad inigualable de la prosa hudsoniana, que aventaja a la de otros autores que, no obstante, lograron una mayor fortuna literaria que él:

Para mejor, estoy leyendo a W. H. Hudson (*Días de ocio en la Patagonia*), otro falso argentino, un europeo que nació en Quilmes, en la provincia de Buenos Aires, y se crió entre gauchos hablando de lo que fue seguramente una versión prehistórica del *spanglish*. Y que a la vez escribía, ya lo sabemos, una de las mejores prosas inglesas que se puedan encontrar. Mejor que Conrad, a veces, menos barroco, más nítido, una extraña versión de Conrad, no sólo por la calidad de su prosa, y porque eran amigos, sino porque Hudson estuvo siempre desajustado y solo y fuera de lugar, como el polaco.

Bolaño y Piglia, 2001

William Henry Hudson es el constante extranjero, el que emigra de forma totalmente voluntaria a Londres (en 1874) y no acaba de encontrar acomodo ni de asentarse definitivamente en ninguno de los dos lugares de los que participa. De un modo similar aunque no idéntico, Emilio Renzi (y Ricardo Piglia) se aleja de Argentina para afincarse en los Estados Unidos (Renzi en la Taylor University, Piglia en Princeton).

² En realidad, este artículo está firmado por Emilio Renzi; no obstante, en esta ocasión Renzi está funcionando como simple seudónimo. Ricardo Piglia decide firmar como “Emilio Renzi” este artículo publicado en la revista *Punto de Vista. Revista de cultura* en marzo de 1978, año no solo anterior a la publicación de su primera novela (*Respiración artificial*, 1980), sino en el que la dictadura (1976-1983) impedía a muchos intelectuales disidentes firmar sus artículos y publicaciones bajo su propio nombre. La revista apareció de forma prácticamente clandestina y el uso de los seudónimos fue una forma de autoprotección seguida no solo por Piglia, sino por otros miembros: Beatriz Sarlo firmó sus artículos como “Silvina Niccolini”, Carlos Altamirano como “Carlos Molinari”, Nicolás Rosa como “Gustavo Ferraris”, etc. Además, Sarlo y Altamirano firmaron conjuntamente algunas publicaciones como “Washington Victorini”.

Si para Ricardo Piglia –y según sus propias palabras– *El camino de Ida* fue una suerte de autobiografía³, para Renzi el seminario impartido sobre Hudson es, de algún modo, una nueva forma de diario, párrafos sueltos que no hablan tanto de un autor del siglo XIX como de la propia experiencia. De este modo, para el personaje la ligazón con el origen es más profunda, y Hudson es visto como una especie de precursor; pero no solo de Renzi, sino también de Thomas Munk, el héroe y al mismo tiempo traidor de la novela, ese doble pigliano maligno y brillante.

En una conferencia de Ricardo Piglia basada en los libros de su vida, y tras ser consultado sobre el curso que Renzi imparte en la Taylor University sobre Hudson, este explica:

[...] yo lo tengo cerca a Hudson porque efectivamente quedaba muy cerca de donde yo vivía e íbamos mucho a la casa donde él había nacido; y entonces había como algo íntimo con él, con Hudson. Aparte de la calidad que tenía como escritor. También es cierto que Hudson funcionaba como un antecedente de lo que era este héroe o este sujeto de la novela, que se retira a los bosques; como si Hudson hubiera sido un, cómo decirlo, precursor, vamos a decir así, de esta idea de la naturaleza y de defender la naturaleza de una sociedad industrial, etc. Y es cierto que tiene la forma de unas notas personales que se van tomando y van acompañando lo que en la novela aparece como un curso. Son notas un poco dispersas de lectura, de textos diversos de Hudson, que por otro lado era un extraordinario escritor autobiográfico, uno de los más extraordinarios. Mucho de lo que hay en esa novela está en el diario también. Muchos de los elementos que yo anotaba mientras estaba en los Estados Unidos entraron también como partes de ese relato.

Círculo de Bellas Artes, 2015

Sin embargo, en esta “idea de la naturaleza y de defender la naturaleza de una sociedad industrial”, Piglia se distancia tanto de su personaje como de Hudson. Al presentar en Barcelona *El camino de Ida*, charla con Rodrigo Fresán, quien hace referencia a esa fantasía de irse a vivir al campo que aparece en la novela. Como respuesta, Piglia desmiente que esa sea una apetencia propia, dejando claro que las ideas naturalistas de Hudson fueron más un medio –una forma de llegar a la reflexión sobre algo que interesa a la sociedad contemporánea– que un fin –no es Hudson en sí mismo el que importa–:

No, no, yo de hecho soy un hombre de ciudad, y en realidad detesto la naturaleza. Me parece un lugar incómodo [...] Pero por supuesto que me hago cargo de toda la discusión que existe en torno a cómo se están destruyendo las formas de vida, y me parece que esa es una de las cuestiones que están en la discusión contemporánea. A mí me parece que las novelas discuten lo mismo que discute la sociedad de una manera totalmente distinta y totalmente sesgada [...] Pero ninguna de las cuestiones que aparecen como centrales en el libro forma parte de mis posiciones personales, voy a confesar [...] No creo que haya que volver a la naturaleza para salvar el universo, lo que dice el protagonista.

Editorial Anagrama, 2013

Emilio Renzi, por lo tanto, se está haciendo partícipe de una problemática social, sin que esto implique que el autor se interese por la misma. Hay algo que separa en todo momento a Piglia de Renzi, al autor del personaje, y esto es así también en su relación con Hudson. Para el primero la referencia es, por así

³ En una de las entrevistas concedidas, Piglia explica que pretendía: “[...] que fuera una experiencia autobiográfica, traté de contar acontecimientos que estaban ligados a mi propia experiencia. En el sentido de valorar esa experiencia, no hacer un juicio moral; valorar esa experiencia por lo que tiene de algo que a mí siempre me ha interesado mucho en la literatura: cómo podemos contar experiencias que estén un poco más allá de la experiencia media” (Kohan, 2013).

decirlo, más inmediata; el segundo, en cambio, encuentra en Hudson una forma de explicar su propia existencia en los Estados Unidos.

Para Emilio Renzi –como ya se adelantó– William Henry Hudson representa la unión con el origen. Ambos son el extranjero afincado en una nueva patria, que se mezcla con la anterior impidiendo la total adaptación. Renzi claramente no está encajando, se mantiene dividido entre Argentina y Estados Unidos, observando ambos lugares, y criticando –como solo puede hacerlo un forastero– los problemas de la nueva sociedad en la que se inserta:

Me interesaban los escritores atados a una doble pertenencia, ligados a dos idiomas y a dos tradiciones. Hudson encarnaba plenamente esa cuestión. Ese hijo de norteamericanos nacido en Buenos Aires en 1838 [sic], se había criado en la vehemente pampa argentina a mediados del siglo XIX y en 1874 se había ido por fin a Inglaterra, donde vivió hasta su muerte, en 1922. Un hombre escindido [...] “Me siento enancado en dos patrias, dos nostalgias, dos esencias. Debo rendirle homenaje a las dos, y tiene que serlo justamente con esos dos elementos que forman mi doble ubicuidad: nostalgia y angustia.” Presentaba los problemas clásicos del que se educa en una cultura y escribe en otra.

Piglia, 2013, p. 36

Lo que más le importa a Piglia de Hudson es su mirada, y es exactamente eso lo que intenta reproducir en su personaje; así lo explica en una entrevista concedida a Silvina Frieria para el diario *Página/12*: “Renzi aterriza como *visiting professor* y lo que hace es mirar, casi con una mirada de antropólogo, desde afuera” (Frieria, 2013). Y esa es la mirada de Hudson: “una gran mirada de narrador porque es un antropólogo, un viajero y al mismo tiempo escribe una autobiografía. Es como Joseph Conrad” (Frieria, 2013).

De hecho, los distintos personajes que componen *El camino de Ida* llegan al lector a través de la visión que tiene de ellos el narrador, que muchas veces se constituye como un *voyeur* que observa a los demás desde lejos, sin integrarse. Hudson, como antecedente de Renzi, es visto, no solo como un *voyeur*, sino como el “*voyeur* extremo”: “La mirada de Hudson nunca es estática, tiene una relación particular con los seres vivientes, no trata de capturarlos (Melville, Hemingway) ni aspira a una naturaleza sin animales (Conrad), más bien actúa como un *voyeur* extremo, no mata ni captura, sólo observa” (Piglia, 2013, p. 45).

Al igual que Hudson, Renzi observa, es –en palabras de Martín Kohan durante una entrevista a Piglia– “el que entiende, el que interpreta, el que conecta, el que narra: pero a la vez está muy desacomodado, muy perdido” (Kohan, 2013). Renzi es el que investiga, pero no actúa en un sentido radical (no es como Munk o como Ida Brown, que siempre están en movimiento).

Renzi, por lo tanto, lo mira todo desde afuera, es un *visiting professor*, está de paso y es ajeno a los sucesos de la Taylor University de New Jersey. No obstante, puede acercarse a ellos porque –es de suponer– tiene un gran dominio del inglés, lengua en la que se comunica constantemente, y de la cultura del nuevo lugar de residencia (hay que tener en cuenta que no es la primera vez que viaja a los Estados Unidos y que estuvo en la misma universidad tres años atrás). Ahí radica la importancia de que sea un narrador-traductor, pues por muy familiarizado que esté con el inglés, esa nunca será su lengua materna: debido al extrañamiento, hay determinadas situaciones en las que inserta en su discurso frases en inglés, ya estén o no traducidas al castellano.

El tema de la lengua extranjera (y de la lengua *per se*), ha interesado mucho a Ricardo Piglia a lo largo de toda su producción, concretamente la situación de

[...] estar en una lengua extranjera. Hemos hablado de eso hablando de Gombrowicz, Hudson me vino bien para eso⁴. No es que lo puse por eso, pero me vino bien; encontramos la marca de su relación importantísima con el castellano, los papeles donde guardaba los diálogos de los gauchos, cosas que a mí me conmovían mucho.

Kohan, 2013

Lo que le atrae especialmente es el trasvase constante que genera la traducción:

Es intrigante, es cierto, ese juego con las lenguas extranjeras y con las traducciones. Para mí, Hudson y Gombrowicz producen efectos raros en la literatura argentina porque hacen entrar una voz próxima, un fantasma familiar, que se mueve invisible en un terreno conocido. Hay una tensión entre lo que se lee en la lengua propia y lo que se lee fuera de la lengua materna.

Bolaño y Piglia, 2001

Del mismo modo, Renzi se encuentra frecuentemente fuera de lugar: apenas ha dejado atrás Buenos Aires, pero los nuevos acontecimientos no le permiten integrarse en el campus de New Jersey; acaba de divorciarse y su amante recientemente fallecida podría ser una terrorista; entrado en los cincuenta empieza a sentirse mayor y la casa en la que vive está llena de recuerdos de otro, etc. Si bien el lector sabe todo esto porque él mismo lo dice, el mecanismo recurrente de la traducción es un recurso efectivo para mostrar cómo Renzi se ve obligado a trabajar constantemente con un material ajeno.

Y aquí es donde entra en juego la experiencia: es la experiencia previa de Emilio Renzi la que le ayuda a comprender la vida en los Estados Unidos, donde todo permanece oculto, subterráneo⁵. Piglia produce un trasvase, ya no son los prototípicos estados civilizados (Europa, Estados Unidos) los que sirven para entender Argentina, ahora es Argentina la que explica esos puntos del mapa supuestamente más avanzados. Asimismo, la escritura que Hudson realiza en Inglaterra le ayuda no solo a recuperar el país abandonado –con una profunda nostalgia– sino también a comprender más profundamente esa Europa en pleno desarrollo.

William Henry Hudson –como se ha visto– no interesa al mismo nivel a Ricardo Piglia y a Emilio Renzi, no los conmueve de la misma manera. Para Emilio Renzi, es una suerte de precursor (al igual que lo es, de otra manera, para Thomas Munk, en ese continuo juego de dobles pigliano ya mencionado), otro que también se ha movido entre dos lenguas –inglés primero, castellano después– y dos espacios, y que no ha llegado a la total adaptación. Para Ricardo Piglia, la relación es casi oportunista, no tan profunda o psicológica. Es uno de los autores leídos en su primera infancia, naturalmente cercano a él por la proximidad de sus hogares, que retoma en su literatura porque le resulta “útil” para discutir sobre algo

4 Con esta expresión –“me vino bien”–, Piglia parece estar recalando –seguramente involuntariamente– esa idea de Hudson como algo “anecdótico” o “casual”. Le vino bien, como podrían haberle venido bien Gombrowicz o Groussac.

5 “Los campus son pacíficos y elegantes, están pensados para dejar afuera la experiencia y las pasiones pero corren por debajo altas olas de cólera subterránea: la terrible violencia de los hombres educados” (Piglia, 2013, p. 35). La visión levemente idealizada del inicio de la novela acaba totalmente trasnochada, y cuando finaliza la lectura solo quedan la inseguridad y la “ficción paranoica”, en la que prevalece el Estado como mayor conspirador.

que va más allá del propio Hudson, algo que tiene que ver con la traducción, con el extrañamiento y con la inadaptación. En realidad, podría haber “usado” a cualquier otro de esos autores “no-argentinos” tan amados por Borges (Gombrowicz⁶, Groussac, etc.):

A partir de la revisión de los pares dicotómicos nacional / extranjero, Piglia intenta descifrar algunos de los enigmas de nuestra literatura y rearma la tradición nacional pensando su historia a contrapelo de los presupuestos culturales heredados. Si los escritores argentinos (Echeverría, Sarmiento, Lugones, Borges) se han definido por su relación con Europa y han manifestado su modo de intervención cultural como una forma de aclimatar en el Río de la Plata las ideas europeas, Piglia piensa otra serie cultural por fuera del influjo y los trasplantes [*sic*] europeístas, a partir de un grupo de textos y autores que han sido pensados como exteriores al panteón oficial de la cultura.

Berg, 2006, p. 24

Finalmente, estas diferencias planteadas podrían resumirse en que para Renzi, Hudson es una metáfora; y para Piglia, una excusa. William Henry Hudson es válido para reflexionar sobre temas que interesan a la literatura argentina porque Piglia construye un canon que no solo recupera a autores argentinos o hispanoamericanos, sino también a otros que han sido vistos como extranjeros o “inclasificables”. Cree en la literatura como mezcla y cruce de tradiciones, y, en el caso de la argentina, esto es aún más real (no debe olvidarse que Jorge Luis Borges defendió que el mejor poeta nacional era aquel que podía definirse como “diferente” y que rompía con la comunidad imaginada, y que Ezequiel Martínez Estrada postuló la “genealogía extranjera” de la literatura argentina). De este modo, Hudson, autor indudablemente inglés (aunque también pueda ser denominado “angloargentino”), encuentra, al fin, su lugar.

6 Autor al que retoma en *Respiración artificial* (1980) bajo la figura de Andrei Tardewski.

Bibliografía

- Almeida, E. (2013, 8 de agosto) “Amor, locura y muerte en la nueva novela de Ricardo Piglia”. *La Voz*. Disponible en: <http://bit.ly/1SqI4Jm> [Consulta: 01.02.2016].
- Berg, E. H. (2006) “La novela que vendrá: apuntes sobre Ricardo Piglia”. En D. Mesa Gancedo (Coord.) *Ricardo Piglia. La escritura y el arte nuevo de la sospecha* (pp. 23-53). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Bolaño, R. y R. Piglia (2001, 3 de marzo) “Conversación entre Roberto Bolaño y Ricardo Piglia”. *Babelia*. Disponible en: <http://bit.ly/1PAz6ET> [Consulta: 02.02.2016].
- CCEBA – Club de Traductores Literarios de Buenos Aires (2010) “19 de julio de 2010 – Ricardo Piglia” [archivo de vídeo]. Disponible en: <http://bit.ly/1SgL7kR> [Consulta: 01.02.2016].
- Círculo de Bellas Artes (2015) “Conferencia de Ricardo Piglia sobre los libros de su vida” [archivo de vídeo]. Disponible en: <http://bit.ly/1RK2MHt> [Consulta: 02.02.2016]. Transcripción de la autora.
- Editorial Anagrama (2013) “Ricardo Piglia en Barcelona” [archivo de vídeo]. Disponible en: <http://bit.ly/1Teamcm> [Consulta: 06.02.2016]. Transcripción de la autora.
- Friera, S. (2013, 4 de agosto) “La literatura nos permite discutir cuestiones políticas”. *Página/12*. Disponible en: <http://bit.ly/21Piom5> [Consulta: 01.02.2016].
- Kohan, M. (2013, 13 de agosto) “Ricardo Piglia: ‘Veía esta novela ligada a la revolución’” *Clarín*. Disponible en: <http://clar.in/1pUk3RZ> [Consulta: 01.02.2016].
- Piglia, R. (2013) *El camino de Ida*. Barcelona: Anagrama.
- Piglia, R. (2015) *Los diarios de Emilio Renzi. Años de formación*. Barcelona: Anagrama.
- Renzi, E. (1978) “Hudson: ¿Un Güiraldes inglés?”. *Punto de Vista. Revista de Cultura*, 1, pp. 23-24.
- Vulcano, L. G. (2000) “Crítica, resistencia y memoria”. *Punto de Vista. Revista de Cultura. Orbis Tertius*, 4 (7). Disponible en: <http://bit.ly/1SgLNGZ> [Consulta: 04.02.2016].